

rentemente, lo es. ¿Continuará siéndolo siempre? Romaines niega que lo sea en su estructura profunda. Por eso su labor de novelista consistía en enriquecerla aportándole un sentimiento que existe en sus más hondos estratos: el sentimiento de continuidad psíquica, que vincula a todos los seres humanos y da lugar a la formación de los diversos grupos: sentimiento que, hoy por hoy, distinguimos en forma intermitente a causa del aislamiento psíquico (tentación a la cual cede el individuo) y de la espinosa vegetación jurídica (producto del individualismo) que contribuye a desorientar a los hombres al substituir los grupos reales por abstractas construcciones administrativas.

En toda la obra de Romaines, los personajes están tratados por igual, sea el santo o el criminal. El mecanismo funcional de ambos está explicado con la misma clarividencia. Y ambos siguen siendo hombres. Ningún recurso fácil caricaturiza sus rasgos y les quita verosimilitud. El talento de Romaines le permite encarnarse en los seres más diversos, tratados siempre como personajes principales. Vemos el universo refractarse curiosamente en ellos a través de la distinta concepción que se han forjado. Y tan pronto son las inocentes astucias de un perrito como las menos inocentes de un político o de un gran industrial. ¡Qué decir de la maestría con que están pintadas las atmósferas, los diálogos mudos que se entablan en torno de una mesa, los pensamientos que van y vienen y flotan por encima de las personas e interceptan las palabras y las turban y las estremecen y les comunican un alcance imprevisible que rebasa su sentido! Hay en Romaines una manera de deleitarse en las cosas, de gozar de todo lo creado por Dios y por los hombres, de libertar la vida que late en una calle del suburbio, en una mañana de París, en una casa a medio construir, en una mujer que duerme o maneja el plumero; un humorismo, una gracia, una ternura al mostrar lo efímero, lo imponderable, lo infinitamente pequeño, que sólo puede compararse a la poesía con que evoca lo inmenso o a la agudeza intelectual con que discrimina los grandes problemas económicos y sociales de su época. Su optimismo arranca una sonrisa hasta en los pasajes más emocionantes. Inyecta pujanza al lector, lo tonifica, lo pone en contacto directo con la vida. El instrumento escrito no se interpone entre nosotros y la visión que nos ofrece de la realidad. Y en sus páginas percibimos la marcha ininterrumpida de los hombres. El rumor del mundo, sus depresiones y arranques patéticos, su goce, su sufrimiento, su «vida» independiente de la nuestra, se introducen de pronto en nuestra propia vida. Es una visión totalitaria que la purifica y la exalta. ¿Conseguirán las buenas voluntades que han formado los grupos y sufrido su influjo encauzar definitivamente el universo en la sana ruta de la cual él mismo tenga consciencia y de donde no pueda apartarse? En las páginas de *Les Hommes de Bonne Volonté* palpita una conmovedora esperanza...

Jallez, el estudiante parisiense, algunos de cuyos rasgos guardan tanta similitud con los del autor de la obra, encuentra al propio Romain Rolland en una reunión de *La Closerie*. Esto ocurre en el tomo IV. Por aquel entonces, el poeta de *La Vie Unanime* usaba una gran barba negra y un aire *assez distant*. Y Jallez no se atreve a saludarlo, pese a su deseo de hacerle saber que allí en esa sala, hay un lector fraternal de su obra. Un deseo análogo al de Jallez me impulsa a escribir este artículo, ahora que Jules Rolland se encuentra en Buenos Aires. Por su intermedio quiero hacerle llegar antes de que se marche el saludo fraternal de todos sus lectores argentinos.

(*La Nación*, 13 de septiembre de 1936)

Un homenaje de José Bianco a Octavio Paz

Un colombiano y dos argentinos fuimos el pasado mes de agosto a México, invitados a participar en el homenaje que se le hizo a Octavio Paz por haber cumplido setenta años. Éramos Juan Gustavo Cobo Borda, Roberto Juarroz y yo. Mi principal mérito para recibir esa invitación es el afecto o la simpatía que me tienen algunos escritores mexicanos, afecto y simpatía recíprocos, y la vieja amistad que me une a Octavio Paz. Hacia 1935, conocía algunas prestigiosas figuras mexicanas. Había tratado a Vasconcelos, que fue amigo de mi padre, había leído a Alfonso Reyes, había leído a Enrique González Martínez, ambos embajadores de México en mi país. A menudo, aquí y en otras partes del mundo, los diplomáticos mexicanos han sido hombres de letras. Recuerdo que por aquella época, con algunos amigos escritores, recitábamos de memoria «La suave patria», de López Velarde. En julio de 1938, cuando entré a trabajar en la redacción de *Sur*, Eduardo Mallea me dijo que fuera dando las noticias bibliográficas poco a poco. «Son difíciles de conseguir», agregó. ¿Por qué difíciles?, pensé. Será cuestión de pedir las. *Sur* había publicado *Nostalgia de la muerte*, un libro de poemas de Xavier Villaurrutia. Le mandé una carta a Villaurrutia preguntándole qué escritor mexicano podía ocuparse de su libro. Villaurrutia me mandó el nombre y la dirección de un joven compatriota suyo. Así fue como le pedí a Octavio Paz que colaborase en *Sur*. Nunca había oído ese nombre. Antes de leer la crónica, que me llegó poco después, el nombre me impresionó favorablemente. ¡Qué lindo nombre!, pensé. ¡Qué breve, qué sonoro, qué armonioso! Dos vocales, la «o» y la «a», reiteradas cuatro veces en las cuatro sílabas de Octavio Paz. Debo decir que Octavio Paz ha contado el episodio —no la buena impresión que me causó su nombre, desde luego, cosa que acabo de recordar mientras escribía estas páginas— en su libro

Xavier Villaurrutia en persona y en obra y en una entrevista de *La Nación*. A Villaurrutia no llegué a conocerlo, pero los otros días, hojeando el tomo de sus obras completas, encontré una carta suya dirigida a mí, esas cartas en papel de avión, listadas de amarillo y celeste por la censura, que solíamos recibir durante la Segunda Guerra Mundial. En fin, con cierto orgullo un poco ridículo, me digo que desde el primer número de la revista preparado por mí, en agosto de 1938, Octavio Paz entró a colaborar en ella. ¡Con qué placer recibía yo sus colaboraciones! Hasta le pedí que hiciera una colaboración mensual, «Letras mexicanas», y no hace mucho, en un libro que acaba de regalarme en México, encontré una noticia bibliográfica sobre José Revueltas publicada en *Sur* en 1943. Es verdad que en el mismo libro, y llevado por su espíritu de justicia, a esa noticia Octavio Paz agrega otra posterior, en la que rectifica sus opiniones sobre Revueltas. No recuerdo si antes o después de esa fecha –sosteníamos una amistosa correspondencia– me preguntó si podría trabajar en Buenos Aires. Le contesté que un hombre de su talento podía trabajar en cualquier ciudad más o menos civilizada, y Buenos Aires, literariamente hablando, pasaba por un momento feliz. Para eludir el franquismo, varias editoriales de importancia se habían establecido entre nosotros. No obstante, agregué en mi carta, era una pena que abandonara el servicio diplomático. Octavio lo abandonó mucho después, cuando ya era embajador, con motivo del lamentable episodio de Tlatelolco del 2 de octubre de 1968. Pero como suele decir Dickens en sus novelas, tratemos de no adelantarnos a los acontecimientos. Después de la Segunda Guerra Mundial, a fin de 1946, me fui a Europa. En París, una de las primeras personas a las que hablé fue Octavio Paz. No nos conocíamos personalmente. Convinimos por teléfono en reunirnos en un café: yo llevaría un libro debajo del brazo; él, un periódico; sin necesidad de libro ni de periódico, nos acercamos enseguida el uno al otro y nos dimos la mano. El París de aquellos años era el París de Sartre, de Camus, de René Char, de Jean Genet. Vivían Gide, Paulhan, Léautaud, Cocteau, Malraux, Michaux.

Era el París de Picasso y de Braque, de Bonnard, que habría de morir a los pocos meses, de Gérard Philippe, de Jean Vilar y de María Casares, y asimismo, ¿por qué no? de Marie Laure de Noailles, nieta de Madame de Cheigné, que inspiró parcialmente a Proust el personaje de la *duchesse* de Guermantes, y dueña, en la place des États-Unis, de una de las casas más suntuosas que he tenido ocasión de ver (señalemos, de paso, que como en las novelas mismas de Proust, su padre era un financiero judío de gran fortuna). En aquella época, aún había salones literarios. Si bien he vuelto a París con relativa frecuencia, nunca se me ha ocurrido preguntar si todavía existen. Pero también, sobre todo el año 1947, era el año de las restricciones. Había muchos hoteles todavía